

Un sobreviviente de los Andes

El uruguayo Gustavo Zerbino estaba en la parte trasera del avión que se estrelló contra la cordillera de los Andes en 1972. Fue uno de los 16 sobrevivientes de una tragedia que le costó la vida a 29 personas.



Tiene cinco hijos. El mayor tiene 19 años y estudia economía en Montevideo y la menor tiene cuatro meses de haber llegado a este mundo.

LA PRENSA | David Meza

DANIEL DOMÍNGUEZ Z.
ddomingu@prensa.com

Gustavo Zerbino tenía 19 años cuando ocurrió el accidente de aviación en la cordillera de los Andes en 1972. Hoy tiene 54 años el hombre que junto a otros 15 muchachos venció el más inclemente de los fríos y en un profundo deseo de sobrevivencia consumió carne humana. Siempre ha tenido una vocación de servicio este padre de cinco hijos y empresario de profesión, y luego de estar 73 días a 4 mil 500 metros de altura, sabe cómo vencer a la adversidad.

Viernes 13 de octubre. Una fecha

Zerbino y sus amigos salieron adelante porque se enfocaron en el objetivo de estar vivos, trabajaron en equipo y fueron lo más innovadores posibles.

inolvidable para el que ahora es presidente de la Industria Farmacéutica Internacional y que estuvo hace una semana en Panamá dando una conferencia de motivación para empleados de la empresa Merck Sharpe & Dohme. Aquel día, un Fairchild F-227 despegaba de Mendoza (Argentina) con el equipo uruguayo de *rugby* Old Christians, que disputaría un partido con el equipo chileno Old Boys.

Condiciones meteorológicas desfavorables y un cálculo equivocado de su piloto llevaron a que la nave se estrellara contra las montañas nevadas. En la caída fallece una docena de personas, mientras que otros 17 morirían posteriormente a raíz de las bajas temperaturas, las avalanchas, las tormentas y la debilidad por la falta de alimentos sólidos.

Tras casi dos meses de dados por desaparecidos, 16 son rescatados

luego que dos de ellos son encontrados por un arriero. “Sergio Catalán encontró a nuestros compañeros Nando Parrado y Roberto Canessa. Tuvo que recorrer 80 kilómetros a caballo para avisar que estábamos vivos”.

En la montaña supo que mientras “nosotros nos resistíamos a lo que estaba ocurriendo, padecíamos y sufríamos muchísimo porque no aceptábamos lo que pasaba. Aprendimos una cosa básica: hay que aceptar la realidad tal cual es. Cuando uno acepta eso comienza a ver posibilidades y tomar acciones”, dice Zerbino en un hotel de la Avenida Balboa.

Comenta que el latinoamericano promedio es una víctima permanente. “Esperamos que el que debe cambiar es el otro, el que me debe salvar es el gobierno, mi jefe o mi padre, yo no tengo nada para hacer. Los latinos nos quejamos con una excusa convincente, pero falsa. En América Latina la palabra responsable es igual que culpable por haber hecho algo. Entre los sajones, responsable es el que llevó adelante una obra”.

Su actitud serena y amable, pero firme, la adquirió en los Andes, donde estaba prohibido quejarse porque eso no resolvía la situación en la que estaban inmersos. “Estábamos rodeados de muerte, desolación y abandono. Aprendimos que en el caos se genera el orden. Los países que han llegado a un caos absoluto son los que hoy dominan, como Alemania y Japón. Mientras no toques fondo y conozcas tus límites, seguirás haciendo lo mismo”.

Señala que la sociedad moderna lo tiene todo programado. Hay un día para los enamorados y uno para recordar a las madres. La planificación la han decidido otros y se cumple sin chistar. Cuando estás dentro de los restos de un avión junto a 15 personas, con un clima que de día llegaba a



Cada uno de los sobrevivientes escribió sus nombres en una bandera uruguaya como testimonio de que salieron airosos de esa prueba.

Cortesía de Gustavo Zerbino



Zerbino cuando vio a sus padres luego de estar perdido por más de 70 días.

Cortesía de Gustavo Zerbino

los 40 grados y en las noches era de 25 grados bajo cero, la realidad no es tan medida. “El dolor es algo inevitable, el crecimiento es dolor, desde que nacemos perdemos cosas. Terminamos muriendo, que es una pérdida natural. En los Andes nos dimos cuenta de que el único tiempo en que éramos dueños de nuestro máximo potencial físico, mental y espiritual era en el presente”.

Gustavo Zerbino piensa que generalmente el aquí y el ahora no están en la mente de la gente. En el pasado, él tenía a sus seres queridos y una cama caliente. “Ese pasado era sufrir porque no lo tenía a la mano y en el futuro estaba el miedo, la angustia, lo desconocido. Nos la pasamos huyendo del presente. El único momento en que estás en el presente, es cuando eres niño y juegas, corres, te mojas todo, vas sucio y feliz a tu casa y tu madre te dije: ‘¿qué hiciste?’. Pasan 40 años en Panamá, Montevideo o Miami, caen 40 gotas de agua y se paraliza un país. ¿Quién cambia, el agua o nosotros? Son nuestros conceptos los que cambian”.

Una decisión necesaria

Estás perdido a 4 mil 500 metros de altura, pasas 10 días casi sin probar bocado y encima escuchas en la radio que suspendieron la búsqueda de los pasajeros de la nave accidentada y que regresarán a la zona cuatro meses más tarde a recoger

los cadáveres, porque pensaban que era imposible sobrevivir en esas condiciones. Visto así, las opciones eran escasas.

Dice que nunca se les pasó por la cabeza la idea de un suicidio individual o colectivo. “Nadie murió de abandono. El copiloto quedó vivo por un par de horas, estaba sufriendo mucho y pidió un revólver, pero nosotros no se lo dimos. Cuando uno se deprimía, el resto le hablaba, le recordaba que era importante para nosotros y se sentía útil”.

Por eso, los 16 sobrevivientes decidieron comer carne humana de los que murieron en el siniestro. Le parece que hay una sensación entre morbo y curiosidad, cuando algunas personas se concentran solo en el tema de la antropofagia. “Somos el primer grupo humano que con valentía defendió la postura de decir la verdad sobre este aspecto, lo que nosotros hicimos se hizo infinidad de veces, pero siempre se ha negado. Estoy orgulloso e igualmente mi familia y los familiares de los fallecidos por lo que nosotros hicimos. Gracias a esto estamos acá”.

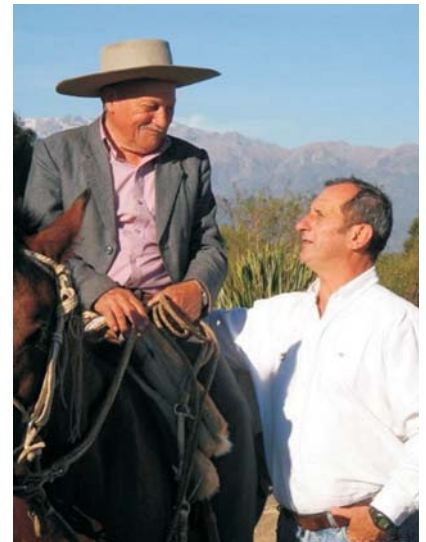
Pero más que concentrarse en el tipo de alimento que utilizaron para subsistir, cree que la clave de su salvamento se debió a que “trabajamos en equipo para cumplir un objetivo: vivir. Antes de comer carne nuestro alimento era una tapita de vino, un maní con chocola-

te, pasta de dientes y crema de manos. Perdimos 20 kilos en una semana. Teníamos que hacer algo y lo hicimos. Al principio fue espantoso, luego se volvió más normal”.

El verdadero milagro ocurrido en los Andes fue cómo regresaron a la vida individuos que hoy son como hermanos y que estuvieron por 10 semanas y media dentro de un pedazo de fuselaje. “Ahora somos más de 100 personas entre sobrevivientes, sus descendientes y las familias de los que no lo lograron. Esto es una historia de amor más que de héroes. Nadie pidió 16 voluntarios para que se cayeran dentro de un avión. A mí me tocó vivirlo. Mi vida venía con ese paquete, cada quien tiene su cordillera. Yo lo único que hice fue acortar la distancia que separaba la mente del corazón”.

Dios y la muerte

Se lamenta que la cultura cristiana vive generalmente a espaldas de la muerte. “Si alguien se muere, se molestan si llevas al funeral a un chico, cuando la muerte es una celebración. Nosotros teníamos entre 18 y 19 años y la muerte era un convenio a largo plazo, a esa edad se vive como si fueras inmortal, y en los Andes, en cambio, la muerte se nos vino al lado y estábamos rodeados de nuestros amigos muertos. Al mismo tiempo, valoramos mucho más la vida y cuán fugaz es”.>>>



El arriero que los ayudó y Zerbino en un encuentro en el 2006. Cortesía de Gustavo Zerbino.

>>> Considera que somos una especie hipócrita. “Solo nos acordamos de Dios cuando tenemos un examen, cuando tenemos a un familiar enfermo o cuando nos pasa algo, fuera de eso, lo olvidamos”.

Allá arriba, entre la desesperanza y el olvido, Dios era para Zerbino un ser bondadoso porque les dio energía para que cada uno velara por el bien de su semejante. Agradece que el Señor les diera la fortaleza para darse abrazos para sentirse acompañados y generarse calor, cuando se golpeaban para que sus cuerpos no se entumecieran a causa del frío inclemente, cuando se curaban las heridas entre sí y se movían constantemente para que la sangre circulara. “Dios estaba representado en el compañero que te masajeara los pies y te cortaba la comida chiquita para que te la comieras”.

Todas las noches rezaban el rosario a la Virgen María. “Era un rito que nos daba paz y tranquilidad y le pedíamos a Dios que nos diera fuerza para afrontar lo que él nos mandara. Confiábamos en que íbamos a vivir y lo hicimos gracias a valores como la entrega, la solidaridad, el respeto y la humildad”.

Recreación en celuloide

El título que se asocia con este hecho es la película **Alive** (1993), dirigida por Frank Marshall, basado en un libro de Piers Paul Read. “Todos nosotros nos opusimos terminantemente a la realización de esta película. Volvimos 16, pero murieron 29, cuyos familiares son amigos nuestros y cuando regresamos nos recibieron como si fuéramos sus propios hijos”.

Zerbino y el resto de los sobrevivientes temían que la producción de Hollywood cayera en el sensacionalismo o en el melodrama exagerado. “¿Quién de nosotros quería volver a experimentar esas muertes? Ninguno, pero no pudimos evitarla porque la productora norteamericana tenía los derechos del libro. Por suerte el director era muy serio y **Alive** es respetuosa”.

En líneas generales le gustó la propuesta de Marshall, aunque sabe que es “muy difícil de explicar lo que pasó en 73 días en una hora y media. Como el cine es entretenimiento, esta cinta es un cuento de hadas tal



A pesar de su experiencia aérea, ya no le teme a los aviones y confiesa que puede encontrar la paz en esos aparatos voladores. LA PRENSA | David Meza

como está contada, pero la caída del avión, la avalancha que nos cubrió por tres días y la puesta en escena son perfectas, pero los roles no, porque en el lenguaje cinematográfico, lo que hicieron 10 personas se lo ponen a un solo personaje”.

Tras la tormenta

Los sobrevivientes residen en Uruguay, menos Pedro Algorta, quien por razones laborales se encuentra en Argentina. Todos están repartidos en las 20 manzanas que conforman el barrio de Carrasco en Montevideo. “La mayoría de nuestros hijos van a la secundaria que íbamos nosotros y

nos vemos permanentemente”.

Cada año juegan la Copa de la Amistad, ese partido que nunca pudieron hacer en 1972. Unas veces se reúnen en Santiago de Chile y en otras en Montevideo. En 2006 se hizo la edición número 34. “Viajamos entonces 189 personas. Éramos dos equipos de *rugby*, dos de fútbol y dos de *jockey*, compuestos por los sobrevivientes y los hijos, sobrinos y hermanos de los que murieron. Celebramos que el espíritu de nuestros amigos que murieron sigue vivo. En vez de quejarnos por lo que pasó, lo convertimos en un agradecimiento”.